

POBLAMIENTO, CONFLICTO y ecología en Cabrera, 1950-1990: una experiencia de investigación

MARTA ZAMBRANO

Resumen

ESTE ARTÍCULO RECUENTA LA EXPERIENCIA DE UNA INVESTIGACIÓN PARTICIPATIVA EN EL Sumapaz. De una parte, explora las dificultades inherentes al intento de conectar procesos sociales con cambios del entorno natural e interroga los alcances de las fuentes orales y la memoria en esta tarea. De otra, expone las dificultades metodológicas y políticas que enfrenta la investigación en Colombia en los años noventa. Sobre todo, traza posibles caminos para cuestionar y empezar a cambiar la relación problemática, desigual y ominosa entre sujetos y objetos del conocimiento. En esta perspectiva, expone el ambiguo estatuto de toda investigación como participación no reconocida de quienes son denominados "objetos" de estudio y elabora los logros y lapsos de aquellas que reconocen y valoran tal participación.

Abstract

THIS ARTICLE IS AN ACCOUNT OF A COLLABORATIVE RESEARCH IN THE SUMAPAZ REGION. ON the one hand, it explores the difficulties entailed in trying to connect social processes with the environment and examines the potentials and limitations of oral sources and memory in constructing this connection. From another perspective, it exposes the methodological and political difficulties facing social research in Colombia in the 1990s. Over all, it suggests possible ways to produce a critique of, and begin to transform, the problematic, unequal, and ominous relation between subjects and objects of knowledge. In this perspective, it exposes the ambiguous state of social research in general, which presupposes, but does not recognize, the participation of those who are defined as its "objects" of study. It also elaborates upon the achievements and pitfalls of those projects that acknowledge and value such participation.

INTRODUCCIÓN

ESTE ARTÍCULO PRETENDE SERVIR A LA VEZ COMO PREFACIO TARDÍO Y suplemento crítico de un libro ya publicado (Reserva Natural Suma-paz, 1998). Tal vez por la naturaleza de su edición, orientada a la divulgación, amplia y accesible, de algunos de los resultados de una investigación de carácter participativo realizada en el municipio de Cabrera durante 1994 y 1995, o por el carácter de la orientación editorial, quedaron por fuera varios asuntos importantes académica y políticamente.

El texto que se ofrece fue escrito como capítulo introductorio del informe final de investigación presentado al Instituto Colombiano de Antropología (Zambrano, 1995). Excepto por algunas revisiones muy menores, se conserva aquí su formulación inicial: a través de una experiencia particular, reflexiona sobre el modo de producción del conocimiento en antropología y en otras disciplinas sociales. De una parte, expone las dificultades metodológicas, históricas y políticas que enfrentaba la investigación en Colombia en los años noventa. De otra, traza posibles caminos para cuestionar y empezar a cambiar la relación problemática, desigual y ominosa entre sujetos y objetos del conocimiento. En esta última perspectiva, expone el ambiguo estatuto de toda investigación como participación no reconocida de quienes son denominados "objetos" de estudio y elabora los alcances y lapsos de aquellas que reconocen y valoran tal participación. En algún sentido, este artículo posibilita la interrogación, aunque implícita y postfacto, sobre el correlato de la producción de conocimiento: su circulación. ¿Quién controla, y cómo, el formato, la difusión y la publicación de un trabajo participativo?

ANTECEDENTES

EL PROYECTO "POBLAMIENTO, CONFLICTO Y ECOLOGÍA, CABRERA 1950-1990" nació de las conversaciones entre algunas miembros de la Reserva Suma-paz, una comunicadora, Claudia Mesa, y una antropóloga, Marta Zambrano. Ellas, y Catalina Restrepo, presidenta de la Reserva, anudaron intereses investigativos, así como propósitos prácticos, convergentes y esbozaron en conjunto la propuesta de estudiar la historia cultural del poblamiento y uso

de recursos del municipio de Cabrera, mediante un proceso participativo de recopilación y reconstrucción de las memorias de sus habitantes.

Provenientes de campos disciplinarios diferentes, así como de distintas prácticas profesionales, la investigación académica, la participación en movimientos ecológicos, el periodismo y la comunicación para el desarrollo, partimos del intercambio disciplinario como espacio propicio para examinar problemas, tal como el tema de la presente investigación, que se resisten a ser estudiados desde perspectivas unidimensionales. Apoyándonos en el trabajo de la Reserva constituida hace seis años en la vereda Núñez (Cabrera) por profesionales y ecologistas provenientes de Bogotá, sometimos la propuesta a la consideración de representantes de las autoridades civiles y de dirigentes comunales de Cabrera, con quienes la Reserva había impulsado proyectos y programas previos y quienes apoyaron la iniciativa.

ENFOQUE

ESTA INVESTIGACIÓN SE INTERESA POR PROCESOS RECIENTES DE POBLAMIENTO de los bosques de niebla y del páramo bajo del Sumapaz; indaga las condiciones de violencia, originadas en otras partes, que generaron la ocupación depredadora de un ecosistema frágil; y estudia, a la vez, y en estrecha relación con esas condiciones, el papel de los pobladores en este proceso.

Hemos querido, entonces, ligar la atención a los grandes acontecimientos, tales como la Violencia y los vaivenes de la política partidista, que cambiaron la vida de muchísimos colombianos, con la preocupación por las prácticas sociales locales. En este sentido, el trabajo se inspira en Charles Tilly, quien propuso "mostrar cómo vivió la gente los grandes cambios". El carácter participativo de esta investigación nos llevó más allá de esa preocupación, para reflexionar también acerca de cómo pensó, elaboró y repensó la gente esos cambios. ¿Se puede hablar de una cultura de la colonización del bosque andino? ¿Si es así, cómo se constituyó, y bajo qué dinámicas se transformó?

Al iniciar el estudio sabíamos que los bosques de niebla y el páramo habían sido zonas de refugio de campesinos expulsados de sus lugares de origen por violencias sucesivas. La tala de

bosques y la quema de páramo habían acompañado a la ocupación. Estudiamos cómo habían ocurrido las olas de poblamiento. ¿Qué tipo de prácticas de producción se ensayaron? ¿Cuáles predominaron? ¿Qué impacto tuvo el nuevo medio sobre las técnicas y modelos importados de las zonas de origen?

METODOLOGÍA

PARA ABORDAR TALES INTERROGANTES HEMOS TENIDO QUE PLANTEAR Y resolver problemas teóricos y metodológicos de diversa índole. El primero de ellos fue definir cómo íbamos a historiar las complejas relaciones entre los pobladores del Sumapaz y su entorno.

¿Ecohistoria?

LOS MODOS DE CONVERGENCIA ENTRE HISTORIA Y ECOLOGÍA SON SUJETO de aguda controversia. Al principio, novatas en este campo, nos sedujo la idea planteada por adalides de la ecohistoria acerca de la novedad absoluta de esta temática: todo estaba por hacer. Más tarde, matizamos nuestra visión con otras perspectivas que enfatizan antecedentes y tradiciones importantes en la historiografía inglesa y francesa y en especial en la estadounidense (Fontana, 1992: 65-78. Para un balance parcial de historiografía ecológica estadounidense, véase Borah, 1972).

Un asunto de discusión importante concierne a las disciplinas sociales y a su potencial para revelar dimensiones ecológicas claves de los procesos históricos. ¿Se trata de enrumbarlos por el camino de los naturalistas para resemantizar la historia como historia natural, i.e. del clima, de los recursos? ¿O tal vez de advertir

...con una mayor atención que en el pasado, el medio natural, pero ello no significa que nuestra función sea estudiar el suelo, el clima o la vegetación, para lo cual no estamos adecuadamente equipados, sino la de mejorar y enriquecer nuestro conocimiento de las relaciones entre los hombres, entre las diversas sociedades humanas, y el medio en que viven y trabajan? (Fontana, 1992: 78).

Para entender y atender estas polémicas es necesario recurrir a marcos más amplios: las discusiones que se dan en los movimientos ambientalistas. En un documentado balance crítico de los discursos en torno al desarrollo sostenible, Arturo Escobar (1994) disecciona tres posiciones que disputan la definición del ámbito de lo "natural". La posición economicista o liberal, que informa las políticas globales de grandes organismos internacionales, concibe la naturaleza como un dominio exterior a la actividad humana, dominio susceptible de conocimiento objetivo y de manipulación.

A esta posición se oponen dos perspectivas complementarias y no excluyentes. Los culturalistas critican a los economicistas argumentando que la cultura es una instancia fundamental de la relación sociedad-naturaleza. Señalan el carácter marcadamente particular e histórico, producto de la modernidad occidental, de la visión economicista que define el medio como un recurso escaso a ser integrado eficientemente en los circuitos del mercado. Los culturalistas se interesan por otras formas de concebir y relacionarse con la naturaleza:

Una de las principales contribuciones de los culturalistas es su interés en rescatar el valor de la naturaleza como ente autónomo, fuente de vida no sólo material sino también espiritual [...] Como es bien sabido, en muchas de las culturas llamadas *tradicionales* hay una continuidad entre el mundo material, el mundo espiritual, y el mundo humano (Escobar, 1994: 103; mi élipis).

De otro lado, los ecosocialistas se interesan por los cambios en la producción social de la naturaleza. Sitúan las preocupaciones ecologistas como reacciones diferenciadas según agrupaciones y clases sociales ante procesos productivos que degradan las condiciones de producción –el agua, la tierra, el aire–. Los dueños del capital, por un lado, se ven abocados a redefinir el manejo de los recursos para garantizar la supervivencia del régimen de producción. Adelantan cambios técnicos, privatizan los derechos al agua y a la tierra, impulsan la reestructuración de la producción por el Estado y apoyan la desestructuración del régimen laboral. Los movimientos sociales, por otro lado, enfrentan localmente la destrucción del medio y de la vida provocada por el capital mismo, oponiéndose, por ejemplo, a la destrucción de la biodiversidad, y luchan, así

mismo, por influenciar políticas y programas de reestructuración de la producción.

Desde nuestro punto de vista, la pretensión de historizar la naturaleza separada de las mediaciones culturales y de su producción social converge con las visiones ambientalistas economicistas que definen la naturaleza como un dominio separado y exterior a las actividades humanas. Estas perspectivas no sólo olvidan que lo que sabemos –o desconocemos– del entorno natural es producto de una actividad muy humana, el conocimiento, sino que ignoran las transformaciones históricas, así como la variación cultural y los conflictos sociales en torno del concepto mismo de naturaleza.

Al tomar en cuenta lo que las visiones economicistas dejan de lado, las perspectivas culturalistas y ecosocialistas nos ayudan a explorar la potencialidad de las disciplinas sociales para la comprensión de las dimensiones culturales de lo ecológico y las dimensiones ecológicas de los procesos sociales. Al poner las relaciones cultura/naturaleza y sociedad/naturaleza en la mira, podremos antropologizar y politizar prácticas y saberes que se presentan como neutrales, objetivos y científicos.

¿Cómo instrumentalizar, entonces, las relaciones cultura/sociedad/naturaleza en el estudio del poblamiento del alto Sumapaz? Encontramos útil la sugerencia de Juan Carlos Garavaglia: nos propusimos examinar las relaciones sociales que los pobladores establecieron

en su participación en el proceso de relaciones entre medios bióticos y abióticos, incluyendo la tecnología y saberes acumulados en las complejas relaciones con la naturaleza (citado en Fontana, 1992: 77).

De allí el énfasis puesto en las tecnologías y saberes –además de otros utillajes culturales, simbólicos– traídos de las zonas de origen, así como en sus transformaciones en el nuevo medio.

En los procesos de interrelación e intersección de lo social, lo cultural y lo natural privilegamos las relaciones sociales y las representaciones simbólicas, condiciones primordiales de la existencia humana que intervienen de manera decisiva y distintiva en "la transformación del sistema vivo en su totalidad" (Ángel, s.f.: 210; González, s.f.: 4). En otras palabras, no hay ecología sin saberes, modelos representacionales y prácticas sociales

atravesadas por relaciones de poder. Como bien lo dice Gustavo Wilches,

Más aún: las interacciones con el medio que podríamos calificar como eminentemente ecológicas, como son por ejemplo respirar o alimentarse en la sociedad humana se convierten en hechos fundamentalmente políticos, en la medida en que la calidad del aire que respiramos es consecuencia de unas determinadas relaciones y decisiones (o indecisiones) políticas, ya sea que nos encontremos en el centro de una ciudad contaminada o en las alturas de un parque natural (Wilches, 1991: 13).

Para el caso del Sumapaz nos interesaba, además de conocer las condiciones que condujeron a muchos campesinos del oriente cundinamarqués a refugiarse en los bosques de niebla de Cabrera, ahondar en los procesos sociales y políticos que generaron y generan las actividades destructoras del medio. Escobar (1994: 102), ha señalado con agudeza la tendencia de los ecologistas de corte liberal a:

concentrar sus estudios sobre las actividades depredadoras de los pobres sin contextualizarlas dentro de procesos de desarrollo económico que han desplazado a las comunidades indígenas y campesinas de sus entornos hacia sitios y ocupaciones donde necesariamente tienen que afectar negativamente el ambiente.

Como lo ha señalado Augusto Ángel (s.f.: 216), resulta fácil sentenciar que “la tierra la envenenan otros” cuando se defienden intereses propios; añadiríamos que esto se hace aún más fácil, cuando los “otros” son pobres o menos poderosos. En el Sumapaz, por ejemplo, encontramos que durante los conflictos agrarios de los treinta, los grandes latifundistas, quienes durante las primeras décadas del siglo habían enganchado numerosos campesinos desposeídos para tumbar monte en sus propiedades y así incorporarlas como tierras productivas, acusaban a los aparceros y colonos que ponían en tela de juicio sus derechos de propiedad, de acabar con el agua debido a la tala de bosques (Marulanda, 1991).

Hasta aquí he planteado una serie de perspectivas conceptuales que fuimos aprendiendo, probando y elaborando a lo largo de la investigación. No fue nada fácil, sin embargo, encontrar los caminos, herramientas y preguntas para meterle ecología a

la historia y para verle el lado ecológico a los procesos sociales y políticos.

Aprendimos de los errores. Al volver sobre la primera serie de entrevistas, nos dimos cuenta de que en muchas de ellas había fisuras, paradójicamente motivadas por la preocupación de unir lo histórico-social y lo ambiental, que, no obstante, parecían seguir andando cada uno por su cuenta. Por ejemplo, los entrevistadores interrumpían o cambiaban el rumbo de una narración apasionante para preguntar por los pájaros o los bosques de entonces y se perdía la fuerza y el aliento de la entrevista. Estas dificultades nos mostraron cómo persistían en estas conversaciones guiadas, aquellos modelos previamente aprendidos e interiorizados, modelos que, como hemos mostrado antes, separan y regulan los campos de discursividad, i.e., de lo que se puede decir, de los dos dominios (Foucault, 1980).

Reorientamos entonces las entrevistas, haciéndolas más libres y, en algunos casos, especializándolas, lo que produjo mejores resultados. Empezamos, así mismo, a ponerle cuidado a los conceptos locales, en especial a aquellos empleados para referirse a los procesos de interacción con la naturaleza y para describirla. Al narrar cómo habían llegado a Cabrera, muchos entrevistados coincidían en señalar el *descumbre* como primera etapa del proceso de asentamiento. *Descumbrar* iba aparejado de la percepción del entorno original del Sumapaz, como “pura selva” o “montaña”. Al reflexionar sobre estas representaciones simbólicas nos encaminamos a comprender el entramado cultural del poblamiento de Cabrera.

No haría honor a lo que una metodología constituye si afirmara que hallamos la fórmula para reunir, de una vez por todas, entorno, sociedad y cultura. Encontramos, más bien, algunas alternativas para transgredir y desplazar las tajantes divisiones trazadas por la tradición disciplinaria imperante. Mientras en el campo de la comunicación verbal constatábamos dificultades para enunciar e incitar respuestas que efectivamente ligaran procesos sociales y ambientales, explorábamos las posibilidades de andar caminos alternativos: los instrumentos no verbales. La representación gráfica del territorio, del paisaje, en forma de mapas veredales elaborados por los investigadores locales allanó varios obstáculos y constituyó un instrumento clave para acceder a perspectivas que integraban, al mismo tiempo,

espacio, entorno, población y actividades económicas y representaciones culturales. Creemos que el trabajo de elaboración y desciframiento de este tipo de representaciones puede contribuir también, desde el campo cultural, a corregir una de las carencias más aparentes de la ecología, su falta de preocupación por el espacio. Según Víctor Toledo (1994: 162-163),

la ecología nunca ha estado preocupada por el problema del espacio, de tal suerte que el concepto de ecosistema es finalmente una entidad aespacial, es decir, sin representación topológica o cartográfica.

Así, el examen de la construcción cultural del espacio podría complementar las propuestas emprendidas por nuevas pero diversas escuelas de geografía física y de la ecología del paisaje, que intentan clasificar, caracterizar y sistematizar diferentes escalas y unidades del espacio natural¹.

Trabajar con "rebanadas temporales", es decir con mapas de las veredas en la actualidad y en los años 1950, alentó al equipo de investigadores a formular nuevas preguntas y a reformular hipótesis. Nos dimos cuenta, por ejemplo, de la disparidad de los procesos de degradación, regidos en gran parte por las particularidades del poblamiento de cada vereda.

1. Para una revisión somera de estas escuelas, véase a Toledo (1994). Una visión introductoria a la ecología del paisaje se encuentra en Zonneveld y Van Gils (1988).

LAS DIMENSIONES DE LA MEMORIA

ESCOGIMOS EXPLORAR SABERES, TECNOLOGÍAS Y REPRESENTACIONES, ASÍ como los procesos sociales, trabajando las fuentes a la vez más caras para los antropólogos y más sospechosas para los historiadores: los testimonios de los agentes sociales, en este caso, de los pobladores actuales de Cabrera.

El carácter retrospectivo, selectivo y fluido de la tradición oral y de la memoria ha provocado recelo y dudas en quienes por tradición disciplinaria se han dedicado a estudiar textos escritos durante los periodos por ellos estudiados. A pesar de varias revoluciones documentales que han ampliado notablemente la definición de las fuentes válidas, para incluir y reivindicar archivos parroquiales y personales, y de continuos, renovados y

demolidores ataques a las persistentes concepciones positivistas acuñadas por la historiografía europea del siglo diecinueve —que privilegiaban los materiales escritos como repositorios intachables de prueba y de verdad—, las fuentes orales no han logrado ocupar un lugar equiparable al de los registros escritos². Al comentar la situación subordinada de la historia oral, Nathan Wachtel (1986: 209) apunta mordazmente

Todos los textos de historia oral publicados recientemente empiezan con una verdadera apología, ansiosos por aclarar las dudas que se ciernen sobre la credibilidad del documento oral y por manifestar las condiciones que la memoria puede y debe llenar a fin de satisfacer las demandas de la historia científica³.

Para que las fuentes orales ocupen su lugar al lado de los documentos escritos no hay que disculparlas, mostrando su inocencia; tampoco hacer concesiones a las visiones positivistas. Ninguna fuente, oral o escrita, es inocente. Al igual que los documentos de archivo, los testimonios son selectivos y dependen en gran medida de sus condiciones de producción, es decir, de la posición social de quien los escribe o enuncia y de relaciones de poder dadas históricamente. En este sentido, la crítica de estos dos tipos de fuentes no difiere mucho. En el terreno de los archivos escritos, la historiografía ha virado de la determinación de la autenticidad de las fuentes a la crítica y análisis de las dimensiones culturales y políticas de los documentos del pasado: "No existe un documento objetivo, inocuo, primario" (Le Goff, 1991: 236).

A primera vista, el carácter fluido y retrospectivo de la memoria contrasta con la fijeza y sincronía de lo escrito. Sin embargo, las fronteras entre lo fijo y lo fluido no se pueden delinear con precisión. Los textos del pasado que sobreviven en el presente son, al igual que los testimonios actuales, el resultado de un complejo, muchas veces errático, proceso de destrucción y conservación de la memoria. Mientras un mismo texto puede

2. Para una discusión de la herencia positivista decimonónica de la historiografía contemporánea y de las transformaciones y revoluciones documentales, véase Le Goff (1991), en especial el capítulo III; un tratamiento similar se encuentra en Bermúdez y Mendoza (1987).

3. La cita textual dice: "All the recently published oral history textbooks open with a veritable apologia, eager to clear the doubts overhanging the credibility of the oral document, and to set out the conditions that memory can and must fulfill in order to satisfy the demands of scientific history".

someterse a lecturas diferentes, muchas veces opuestas, el testimonio de una misma persona puede cambiar según cuándo y ante quién se enuncie.

Acostumbrados a lidiar con textos, los historiadores están más preparados a aceptar las mutilaciones y los procesos selectivos de conservación e interpretación de la documentación escrita que los cambios, correcciones y ampliaciones de los testimonios orales de sujetos vivos. Paradójicamente, las discusiones en torno a la validez de los testimonios como fuentes históricas se debaten entre separarlas de los archivos escritos, resaltando sus caracteres distintivos, o equipararlas punto por punto con estos. Hemos visto que cuando se las separa se realza su carácter fluido para ponerlas en duda. Cuando se las equipara con documentos escritos, se conciben los testimonios como registros acabados y fijos de una memoria –individual, social, colectiva– dada, ignorando que ésta implica los actos, ejercicios y las prácticas de la memorización y de la rememoración⁴. A diferencia de un texto acabado y archivado, hacer memoria re-

4. Esta discusión se nutrió de los planteamientos de Debouzy (1986).

quiere y permite excavar los archivos sepultados del olvido.

Este rasgo sobresaliente y distintivo de la memoria, su fluidez, la dialéctica entre olvido y recuerdo debe trabajarse. Más que atacarla por cambiar, debemos explorar y conceptualizar esos cambios y aprovechar su carácter distintivo como archivo activo. ¿Cómo se desentrañan, por ejemplo, memorias suprimidas por diversas circunstancias individuales o colectivas, hechos traumáticos en la vida personal o la participación en actos socialmente sancionados?

En el caso de esta investigación se hizo evidente el carácter interactivo de las entrevistas. Según los casos y condiciones, hubo preguntas que motivaron y despertaron el ejercicio de la memoria; otras que lo cegaron (cfr. Archila, 1992). Resultó en especial interesante explorar y descubrir los *lugares* de la memoria y las “mediaciones por las cuales se trabajan significados” (Luisa Passerini, citada en Debouzy, 1986: 266; traducción de la autora). Encontramos recuerdos compartidos y encapsulados en coplas, canciones y, de relevante significación para este trabajo, en el paisaje. Filos, pozos, cuevas y emplazamientos del entorno *guardan* recuerdos y son medios para rememorar identidades, acontecimientos, desplazamientos forzados, matanzas y

espantos; constituyen, así, una “topografía moral” (Taussig, 1989). Nos dimos cuenta también del alcance de la enseñanza escolar, que desprecia y desplaza la memoria viva por una memorística acartonada que monumentaliza las letanías de fechas y de nombres de “grandes hombres” lejanos (De Roux, 1989). Los mecanismos de autocensura y devaluación de recuerdos individuales y colectivos conmueven y, a la vez, revelan las operaciones de las relaciones de poder. María Molina, una de las investigadoras locales, se sorprendía de que a nosotras, “las doctoras”, nos pudieran interesar las coplas o las historias morales del paisaje.

INVESTIGADORES, INFORMANTES, PARTICIPANTES

CONCEBIR LA ENTREVISTA COMO UN EJERCICIO INTERACTIVO FORMÓ PARTE de una preocupación investigativa más amplia, que cuestiona la validez teórica y política de la dicotomía investigador foráneo/informante local. Esta diada presume que el “informante” proporciona los datos, que el o la investigador(a) recopila, analiza, escribe y archiva. Se ignora, así, que la colaboración siempre está en la base del proceso de conocimiento, ya que quien investiga siempre aprende de quien le proporciona información, que nunca es “primaria” sino elaborada social y culturalmente. Intentábamos no sólo reconocer que los saberes locales son cruciales para quien investiga sino, además, transformar la dirección de la colaboración, para convertirla en un proceso de doble vía, mediante el cual los “informantes” pudieran producir sus propias investigaciones.

Aprendimos mucho de la lectura de informes y resultados de estudios colaborativos entre académicos y comunidades en diversas regiones del país y fuera de él (por ejemplo AAVV, 1993; Sitton *et al.*, 1989; Uribe, 1992). Nos beneficiamos aún más de la generosidad de Leonor Araújo –Cinep– y Patricia Vargas –proyecto Historia local, Chocó–, quienes compartieron sus experiencias y conocimientos y nos orientaron en aspectos metodológicos y prácticos de este tipo de investigaciones.

La propuesta de estudiar la historia cultural del poblamiento de Cabrera a través de un proceso compartido por profesionales

de origen urbano y habitantes del municipio, la llevamos a Cabrera, explicando el proyecto y convocando a los pobladores de diversas formas. El proceso de intercambio y diálogo arrancó desde la primera presentación pública del proyecto –en una reunión municipal del PNR–, a la que asistimos por iniciativa del alcalde. Llegamos preparadas para convencer a los asistentes –presidentes de juntas de acción comunal de todas las veredas, funcionarios municipales y habitantes del casco urbano– acerca de las bondades del proyecto, argumentando la relevancia de conocer la historia propia. Recibimos a cambio una lección de saber y entendimiento histórico.

Habíamos arribado dos horas después de un enfrentamiento armado entre guerrilla y ejército en los linderos mismos del pueblo y asistimos a una reunión tensa y cargada, patrullada por soldados que vigilaban las entradas y apuntaban ametralladoras desde las ventanas del salón. A las palabras altisonantes de un joven oficial que se dirigió a la audiencia para recriminar a los pobladores por no colaborar con el ejército, siguió la respuesta calmada pero valiente de algunos de los asistentes. Recordaron hechos del pasado, ligando la situación del momento con procesos originados en la Violencia de los cincuenta. Alguien rememoró las matanzas de lugareños a manos de las fuerzas militares. Otro dijo que durante la Violencia, los campesinos se habían enfrentado unos a otros, brutal y vanamente, por motivos partidistas que respondían a intereses ajenos, los de los ricos. De esta amarga experiencia habían aprendido a convivir pacíficamente, tolerando y colaborando por encima de distingos políticos. La violencia actual, engendrada por la prolongada guerra entre guerrilla y ejército, recaía, sin embargo, sobre la población local, desarmada y trabajadora, situada entre dos fuegos, presionada y coaccionada de parte y parte: “Los campesinos están entre el ejército que los acusa de encubridores y la guerrilla que los acusa de sapos”.

Al reflexionar sobre esta reunión nos dimos cuenta de que el proyecto había sido bien recibido gracias al agudo sentido histórico de los cabrerunos. Entendimos también, y de manera primordial, que quienes allí habían hablado, aplicaban con destreza singular al ejercicio de su vida diaria una sentencia que a veces se torna un poco etérea en el ejercicio de la academia: “Aprender del pasado para conocer el presente”. Los análisis de los actores locales condensaban magistralmente las dimensiones

actuales del proyecto, de manera que la justificación más sólida de nuestra propuesta la habían prodigado aquellos a quienes iba dirigida. Como analistas, podíamos y debíamos aprender muchísimo de este “sentido práctico” de los cabrerunos (Bourdieu, 1991). Pero el proyecto no sólo intentaba recibir, procesar y reciclar conocimientos por nuestros circuitos de estudiosos y en nombre de la academia. Se trataba, sobre todo, de ensanchar y fortalecer las redes de producción de conocimiento local, y en este aspecto nuestra propuesta podía contribuir decisivamente.

Por un lado, lo que proponíamos a los cabrerunos para realizar en conjunto, estudiar los procesos de poblamiento de Cabrera y unirlos a las diferentes violencias, incluida la ejercida con el entorno, posibilitaba ampliar los horizontes de nuestros respectivos sentidos históricos, aparentemente más afines al examen de las dimensiones políticas de procesos sociales, que al de las ambientales. Por otro, la incitación, recopilación y reafirmación de las memorias de los pobladores que tal propuesta implicaba, caía en terreno fértil que germinaría con las voces y remembranzas de quienes no las expresaban en el dominio público, en reuniones y confrontaciones colectivas: las mujeres y los mayores de la comunidad. Finalmente, se trataba de que a través del manejo de instrumentos y saberes académicos se capacitaran en producir sus propias investigaciones.

Las lecciones en doble vía continuaron durante toda la investigación. La siguiente presentación del proyecto la hicimos en un cabildo abierto al que invitamos a todos los pobladores. Este fue, a la vez, un taller de diagnóstico del municipio y de historia de poblamiento, así como una convocatoria para quienes estuvieran interesados en vincularse a la investigación. En sesión plenaria, algunos de los asistentes, unas treinta y cinco personas de diferentes veredas y habitantes del casco urbano, discutieron animadamente los problemas económicos, ambientales y la situación de orden público. Agrupados por veredas vecinas, hablaron todos: mujeres, tímidos, mayores y menores. Relataron e intercambiaron historias de familia y poblamiento y rememoraron luchas por la tierra y episodios de violencia policial. Aprendimos allí acerca de las corrientes migratorias, que provenientes de Une y del oriente cundinamarqués, poblaron muchas de las actuales veredas de Cabrera y nos enteramos de cómo los jóvenes no conocían muchos de los animales que habían visto y cazado sus abuelos, puntos que habríamos de

profundizar y cualificar en el proceso de investigación. Muy importante para el aspecto colaborativo del proyecto, empezamos a percibir los matices sociales, de género y de generación en el sentido histórico local que tanto nos había impactado en la reunión anterior.

Los varones adultos, en especial quienes ocupaban o habían ocupado algún tipo de cargo, eran quienes, por regla general, llevaban la voz cantante en las reuniones públicas y, por tanto, quienes expresaban y proponían las interpretaciones "oficiales" de los procesos sociales. Las mujeres adultas, sin embargo, también tenían visiones definidas al respecto, un "sentido vivido del pasado", pero las expresaban en dominios más informales, y menos jerárquicos: las reuniones siempre están presididas por autoridades civiles y/o militares (Popular Memory Group, 1982: 210). Los jóvenes escuchaban las historias de sus mayores e iban fraguando conclusiones propias.

Por intuición, basada en las consideraciones anteriores, así como en la gran receptividad hacia las dimensiones participativas del proyecto y la disponibilidad de tiempo de los jóvenes y mujeres asistentes, nos inclinamos a trabajar con ellos en la formación y capacitación del grupo de investigadores locales. De forma paralela, entendimos que debíamos trabajar de maneras distintas, con miembros de otros grupos generacionales.

De un lado, propusimos un concurso de historia local, con premios para quienes escribieran las mejores narraciones en las categorías de niños, jóvenes y adultos. De otro, y gracias a la experiencia del cabildo, nos dimos cuenta de que, previa e independientemente de nuestra propuesta, existían investigadores locales. Este era el caso de don Agustín Romero, presidente de la Asociación de la Tercera Edad y uno de los más activos participantes del cabildo, quien por iniciativa propia y con grandes esfuerzos había dedicado buena parte de su vida a investigar la historia de Cabrera, desempolvando archivos y recordando las historias de los primeros pobladores del municipio. Carente de apoyo, sus manuscritos permanecían desconocidos para los cabrerunos. Don Agustín tenía una aguda conciencia del valor de su labor y pedía su justo reconocimiento como autor y por los derechos económicos que ello implicaba.

Más adelante encontramos otros investigadores locales formados, con quienes trabajamos, apoyándolos en aspectos técnicos –mecanografía, ortografía– y de ampliación y aclaración

–preguntas sobre sus textos–. Los trabajos de don Agustín Romero, don Jaime Jara y don Pedro Pablo Alejo fueron instrumentales en el proyecto no sólo en cuanto brindan y brindaron rica información sino porque constituyen, en sí mismos, valiosas piezas de interpretación y visión histórica, como se podrá apreciar de su lectura.

LIDIANDO CON LA GUERRA

AS TENSIONES PROPIAS DEL CONFLICTO ARMADO EJÉRCITO/GUERRILLA ESTUVIERON PRESENTES A LO LARGO DE LA INVESTIGACIÓN, pulsándola y moldeándola de diversas formas, de manera que es imposible dar cuenta de los procesos de capacitación y recopilación de información sin relacionarlos con las condiciones políticas y militares del municipio.

Desde el inicio del proyecto, en los viajes de reconocimiento, habíamos encontrado a las partes en conflicto vigilando diferentes áreas de Cabrera. Con el paso del tiempo, entenderíamos que las dramáticas circunstancias que rodearon la presentación del proyecto, relatadas en el aparte anterior, fueron uno entre los muchos episodios del enfrentamiento armado por el dominio territorial del municipio, cuya cronología coincidió con el desarrollo del proyecto. Entenderíamos también que la guerra no sólo incidía en el trabajo de investigación sino que le planteaba interrogantes y problemas difíciles de resolver, al punto que bien valdría la pena recoger, discutir y sistematizar experiencias de investigaciones similares realizadas en zonas de rehabilitación.

A riesgo de equivocarme, tengo la impresión de que no estamos acostumbrados a situar el impacto de las condiciones de orden público como preocupación metodológica, sino como anécdota, muchas veces trágica, del trabajo. En situaciones en las que preguntar o "recoger información" se asemeja peligrosamente a las labores de inteligencia y contrainteligencia propiciadas por los actores de la guerra, se hace vitalmente necesario diseñar estrategias para diferenciarlas. Por ejemplo, José Rodríguez y Santos Ávila, dos de los investigadores locales del proyecto, tuvieron muchas dificultades para trabajar en las veredas en donde no los conocían, pues los lugareños se negaban a hablar con ellos por no saber para quién trabajaban en realidad y para qué querían

saber tantas cosas. Las cartas de presentación y los carnets con foto e identificación ayudaron a vencer resistencias, pero episodios como el asesinato de un joven lotero que nadie conocía y que estuvo recorriendo la parte de La Playa y La Unión haciendo demasiadas preguntas, ilustran trágicamente los riesgos de hacer historia en medio de la guerra.

Convivir con “imprevistos” dramáticos, aceptar que los cronogramas son difíciles de cumplir, si no imposibles, afrontar las grandes dificultades de comunicación de una zona de orden público en donde la telefonía está restringida, los telegramas supervisados y las cartas no llegan, fueron dificultades y problemas metodológicos y prácticos de primer orden en este trabajo.

CAPACITACIÓN Y TRABAJO DE EQUIPO

LA INICIACIÓN DEL PROYECTO COINCIDIÓ CON CAMBIOS EN LA SITUACIÓN de orden público, que al principio interpretamos como hechos más o menos aislados, similares a los que ocasionalmente habían sucedido en el municipio, desde el ataque a Casa Verde —en diciembre de 1990—, hasta finales de 1993. Los sucesos del enfrentamiento incidían en la gente, indisponiéndola, y afectaban la continuidad del proyecto. En espera de que la situación mejorara, interrumpimos algunos viajes y aplazamos actividades anunciadas. Después del cabildo, cuya realización también habíamos diferido, la situación se volvió especialmente difícil. Anunciado en Cabrera y planeado cuidadosamente en Bogotá, no acertábamos a fijarle fecha al taller de capacitación. Después de algunos viajes a tantear la situación, a contactar e invitar a varios candidatos a participar y a consultar con las autoridades civiles, decidimos realizarlo el sábado 4 y el domingo 5 de junio de 1994.

Llegamos el viernes 3 y encontramos una situación bastante difícil. Al principio de la semana, un regimiento del ejército se había instalado en el casco urbano, dedicándose a interrogar sistemáticamente —de casa en casa, en las calles, en los sitios públicos— a los pobladores con el propósito declarado de ubicar “colaboradores de la guerrilla”. La gente estaba muy tensa y corrían rumores que quienes así fueran señalados serían apresados y castigados. Varios pasacalles, que denigraban a las Farc

—Fanáticos, Asesinos, Rateros, Asesinos—, ondeaban en las vías más transitadas y por los altoparlantes de la alcaldía se transmitía incesantemente propaganda antisubversiva y música a un volumen infernal. Según nos contaron los cabrerunos, esta situación había persistido desde el principio de la semana.

Cuando llegamos, el regimiento anunciaba la realización de una reunión, ese mismo día, convocando a todos los habitantes. Fuimos para enterarnos mejor de la situación y salimos preocupadas, entendiendo las razones que asistían a la gente en sus temores. Durante la reunión, un capitán del ejército había acusado a las autoridades civiles de complicidad mientras señalaba con nombre propio a varios habitantes como colaboradores, sin aportar más pruebas que chismes y rumores, tal como se lo indicaron quienes valientemente respondieron a sus acusaciones. Nos dimos cuenta de que no era el momento propicio para eventos realizados con bombo y platillos, como habíamos querido que fuera el taller, pero al mismo tiempo comprendimos que no podíamos aplazarlo más porque la situación no iba a mejorar. En este punto, basándonos en las declaraciones del oficial que aseguró que se quedarían en la zona para desplazar a la guerrilla del municipio, entendimos el enfrentamiento entre el ejército y la guerrilla como una nueva fase en la que se estaba luchando por un realindamiento territorial.

Si las condiciones motivaron que realizáramos el taller con pocos formalismos, ausencia de anuncios públicos, sin discursos de apertura y menos participantes de los esperados —sólo asistieron tres personas—, lo corto de esta cifra redundó en un ambiente cordial e informal que facilitó la capacitación. Explicamos de nuevo el proyecto, así como de qué trataban las disciplinas que ayudaban a estudiar cómo había sido el poblamiento de Cabrera: la historia, la antropología y la ecología. Quienes a partir de ese momento serían los investigadores locales del proyecto, Martha Ortiz de Pérez, trabajadora de hogar y madre de tres niños, de Núñez; Santos Ávila y José Enrique Rodríguez, dos jóvenes bachilleres de Santa Rita, participaron con gran interés. Comentaban y ampliaban nuestras explicaciones, expresando sus percepciones acerca de gentes distintas y de otros lugares, sus memorias y visiones sobre los grandes acontecimientos históricos como la Violencia de los cincuenta y sus apreciaciones sobre el páramo, los bosques y animales de la región. Pedían aclaración de puntos que les parecían confusos, ligaban lo dicho a sus

propias experiencias, relatando viajes y explicando cómo había afectado la Violencia a sus familias.

En el desarrollo del taller, dimos gran importancia a lo que denominamos "herramientas", construidas por la antropología, la historia y la ecología para fabricar conocimientos nuevos: la entrevista, la observación, el diario de campo, los mapas. Aprovechamos que era día de mercado para hacer prácticas de observación y de toma de notas de campo. Comparamos y discutimos las anotaciones individuales, señalando cómo se enfatizaban unas cosas por encima de otras en cada una de las observaciones realizadas. Lo que se resaltaba dependía de la persona, de su historia y de sus intereses particulares, entre otras cosas. Entender las diferencias individuales, sociales y culturales en la percepción e interpretación de los mismos eventos tocaba con aspectos primordiales de la antropología y también de la historia. Nos ayudaba en concreto a situar la observación y el diario de campo, pero también la entrevista: cómo conversar, cómo aceptar e incentivar respuestas que no necesariamente coinciden con las visiones de quien entrevista. Reforzamos el entendimiento de este instrumento con demostraciones y prácticas del manejo de las grabadoras, de las fichas de grabación, entrevistándonos unos a otros y oyendo y comentando lo grabado. Leímos conjuntamente y explicamos la introducción a los conceptos básicos y a las herramientas de la antropología, la historia y la ecología, así como las guías para elaborar entrevistas y los diarios de campo. Les entregamos estos materiales así como todos los implementos necesarios para que empezaran la investigación. Al final del taller resolvimos, de común acuerdo, que Martha Pérez empezaría a trabajar en Núñez mientras Santos Ávila y José Rodríguez lo harían en Santa Rita y Peñas Blancas, respectivamente.

A partir del taller, los investigadores locales iniciaron su trabajo. Hicieron las primeras entrevistas, comenzaron sus diarios y empezaron a trabajar los mapas de las veredas a su cargo. En nuestras visitas de campo nos reuníamos todos; ellos comentaban el avance y las dificultades de sus trabajos, intercambiaban experiencias, mirábamos y discutíamos los mapas. Tener acceso a diferentes representaciones gráficas del entorno físico y cultural nos ayudó a todos; unos adoptaban ideas de otros, a la vez que afinaban visiones propias, y nos fuimos poniendo de acuerdo en ciertas convenciones básicas. Conversando y

examinando los diarios, fuimos entendiendo los intereses y capacidades de cada uno. En su diario, Martha examinaba la vida cotidiana, las historias familiares, la alimentación, el uso de hierbas medicinales. Santos se inclinaba por lo social y la historia política y por la periodización. José, cazador de familia de cazadores, conocía bien la fauna y se interesaba mucho en este aspecto. De forma paralela, realizábamos sesiones individuales con cada uno de ellos, para profundizar sobre los detalles específicos de su investigación. Escuchábamos y comentábamos apartes de sus entrevistas y leíamos sus diarios para puntualizar y ampliar puntos oscuros o interesantes. De esta manera surgieron y fueron consolidándose los focos específicos de las entrevistas, monografía y notas de campo, así como la posterior reagrupación del trabajo en las veredas, por medio de la cual Santos y José empezaron a trabajar conjuntamente en Peñas Blancas, La Cascada y Pueblo Viejo, cada uno en su especialidad.

Casi dos meses después del taller, se uniría al proyecto la cuarta investigadora local, María Vega de Molina, de la vereda Hoyerías, quien por las características de infraestructura vial del municipio no se pudo integrar al equipo que periódicamente se reunía en el casco urbano, aprovechando su relativa proximidad a los sitios de habitación de los integrantes. María, a quien habíamos conocido en la primera presentación del proyecto, pero con quien habíamos perdido contacto, preside la junta de acción comunal de la vereda. Vive sola —envió hace unos años y sus hijos ya formaron familia y residen aparte— a tres horas a pie por un empinado camino de herradura, de la carretera que comunica a Bogotá con Cabrera por la vía de San Juan del Sumapaz. No es posible bajar al casco urbano y regresar a Hoyerías en un solo día, por lo que los habitantes de esta parte de Cabrera, La Playa, Canadá, Hoyerías y Paquiló recurren a hacer mercado en La Unión (D. C.). La capacitación de María se realizó en su casa. Durante tres días, la acompañé en sus incesantes labores, recorrimos páramo y bosque andino, hablamos de su vida, del proyecto, y dedicamos buen tiempo a desarrollar los aspectos que habíamos tratado con los otros investigadores. Como ellos, María participaba, haciendo preguntas, relatando sus experiencias con lo que le explicaba acerca de la antropología, la historia y la ecología. Tomaba, además, extensas notas de todo. Este resultó ser uno de sus rasgos sobresalientes. Trabajadora infatigable, María escribió profusamente.

Elaboró monografías de las veredas de esa parte del municipio, escribió su historia de vida, hizo un registro diario de sus actividades investigativas y cotidianas.

Buena parte del trabajo colaborativo con María lo hicimos en Bogotá. No sólo es difícil el acceso a su finca, sino que dada la situación de orden público, resulta arriesgado llegar por cuenta propia. Resolvimos conjuntamente que era más fácil que ella viniera y a la vez visitara a sus hijas que viven en la ciudad y realizara vueltas pendientes: adquirir insumos, solucionar asuntos notariales. En sesiones intensivas de uno a tres días, trabajábamos sobre sus notas, escritos y mapas. María nos explicaba conceptos locales referentes a prácticas económicas y al entorno físico, ampliaba sus observaciones de campo y anotaba cuestiones que no sabía y que debía investigar. Leyendo sus monografías veredales, que incluían listados de los pobladores por periodos, y con base en lo que habíamos aprendido del cabildo y de las entrevistas realizadas por nosotras y los otros investigadores locales, le propusimos realizar árboles genealógicos de los pobladores. La capacitó en el diseño de los esquemas generacionales empleados en antropología. María aprendió rápidamente, adaptó la técnica y en su próxima visita trajo un cuaderno con los cuadros de parentesco de los pobladores de las veredas que estudiaba.

RESULTADOS

ESPERO HABER HECHO JUSTICIA A LAS DIMENSIONES PARTICIPATIVAS de este proyecto. Muchas personas intervinieron en su formulación, investigación y elaboración de resultados y esto se refleja en los trabajos que se incluyeron en el informe:

“Distintas miradas en la investigación”, escrito de Claudia Mesa, es un recuento del segundo semestre de trabajo en Cabrera. Describe las actividades realizadas por los investigadores así como su contexto.

En “El Sumapaz o la república de las aguas”, Catalina Restrepo combina el estudio de los mapas veredales y de las monografías de los investigadores locales, descripciones geográficas del Sumapaz y sus observaciones de campo para proponer una taxonomía del paisaje en Cabrera. Paralelamente, elabora una cronología

que conecta los procesos sociales con el paisaje del municipio de Cabrera. Su periodización parte de, conserva y respeta, los testimonios recogidos en las entrevistas y conversaciones realizadas por los investigadores de este proyecto, a la vez que atiende a los cambios del paisaje en las veredas de páramo bajo y de montaña.

El documento “Relatos veredales” lo constituyen las monografías elaboradas por los investigadores locales Santos Ávila, María Molina y José Rodríguez. Estas monografías, producto de la observación, indagación y reflexión de sus autores, nos instruyen acerca del medio físico, social y cultural, así como de la historia de las veredas de Cabrera. Son, además, valiosos testimonios del trabajo de capacitación y colaboración perseguido por este proyecto. La atenta preocupación de María Molina hacia las tecnologías de producción, a sus cambios y a las historias de poblamiento; el fino sentido de los procesos históricos de Santos Ávila y el perceptivo conocimiento de hierbas y plantas de José Rodríguez muestran la conjunción de saberes individuales y locales con las metodologías de la ciencias sociales.

“La historia agraria del alto Sumapaz”, un trabajo de Juan Carlos Jaimes, estudiante de sociología de la Universidad Nacional, hace un recuento de la entrega de tierras y los procesos de titulación emprendidos por diferentes organismos estatales, a partir de 1928, basado en los informes del Incora y en la consulta de bibliografía secundaria.

“La historia de mi vida”, un texto autobiográfico que María Molina elaboró como resultado de su participación en esta investigación, ilustra las ricas dimensiones de la historia de vida y del ejercicio de la memoria; señala, además, las grandes posibilidades que el trabajo en colaboración ofrece. Mediante este y otros de sus trabajos, María encontró que la escritura era una herramienta fundamental para la investigación. Esto transluce en su historia.

Como ya se dijo antes, los trabajos de don Agustín Romero, don Jaime Jara y don Pedro Pablo Alejo fueron instrumentales en el proyecto, no sólo en cuanto brindan y brindaron rica información sino porque constituyen, en sí mismos, valiosas piezas de interpretación y visión histórica, como se podrá apreciar de su lectura.

Finalmente, en el estudio adjuntamos transcripciones de algunas

entrevistas así como las copias de los mapas veredales elaborados por los investigadores locales, representaciones gráficas del territorio, la ocupación y las actividades económicas que, como se ha anotado anteriormente, condensan espacio, entorno, población y actividades económicas y representaciones culturales. Estas representaciones del entorno las acompañamos de una primera lectura, que intenta definir y describir aspectos físico-geográficos, de usos de la tierra y de sus cambios y de características de asentamiento, que sirvió como base para el informe de Catalina Restrepo. Como otros documentos de cultura, estos mapas son susceptibles de otras lecturas, desde perspectivas diferentes, a las que invitábamos a los lectores del informe.

POST SCRIPTUM 2000

EL INFORME FINAL RECOGIÓ UN CONJUNTO DE TRABAJOS QUE EXPRESABAN las múltiples vías de investigación, comunicación y colaboración que modelaron la labor conjunta e individual de sus participantes. Tres años después se publicaron algunos de estos textos, muy editados, a los cuales se les añadió una introducción, un ensayo sobre la guerra de los mil días y una narración sobre los conflictos por la tierra en Cabrera, todos anónimos (Reserva Natural Suma-paz, 1998).

Aunque toda publicación merece una edición rigurosa, en este caso ignora o al menos silencia la necesaria interacción entre editores y autores. Tampoco da cuenta de las normas que guiaron la edición de los textos ni señala los criterios de selección y, por ende, de la exclusión de algunos trabajos. Si tales omisiones son de lamentar en cualquier publicación que involucre a varios autores, se ensanchan al contrastarlas contra las dimensiones colaborativas del proceso de investigación y elaboración de resultados que le sirvió de base y que este artículo documenta.

IN MEMORIAM

EN LOS CUATRO AÑOS TRANSCURRIDOS DESDE LA CONCLUSIÓN DE ESTA investigación, varios habitantes de Cabrera y dos integrantes de la Reserva Suma-paz han caído bajo el fuego de las balas,

sacrificados en una guerra que no admite el estatus de no beligerancia. Dedico este artículo a la memoria de Jaime Jara, extraordinario narrador de las guerras del Sumapaz.

BIBLIOGRAFIA

- AAVV. 1993. *La historia que nos contaron los abuelos*. Escrito por los niños del talles infantil RAÍCES MÁGICAS, Ocaña. (Benjamín Casadiego C., director). Ilustraciones de William Meneses. Editorial Presencia. Bogotá.
- ÁNGEL, AUGUSTO. S.F. "Desarrollo sustentable o cambio cultural". En *El desarrollo rural en América Latina hacia el siglo XXI. Memorias del seminario taller internacional (1994). Tomo I: Ponencias: 207-228*. Universidad Javeriana, Maestría de Desarrollo Rural e Instituto de Estudios Rurales. Bogotá.
- ARCHILA, MAURICIO. 1992. "Fuentes orales e historia obrera: Una experiencia investigativa". Ponencia presentada al Seminario sobre historias de vida. Villa de Leiva. Manuscrito.
- BERMÚDEZ, SUZY Y ENRIQUE MENDOZA. 1987. "Etnohistoria e historia social: dos formas de recuperación del pasado". En *Revista de Antropología y Arqueología*. 3 (2): 31-5. Universidad de los Andes.
- BORAH, WOODROW. 1972. *La demografía histórica de la América Latina: fuentes, técnicas, controversias, resultados*. Imprenta de la Universidad Nacional. Bogotá.
- BOURDIEU, PIERRE. 1991. *El sentido práctico*. Taurus. Madrid.
- DEBOUZY, MARIANNE. 1986. "In Search of Working Class Memory". *History and Anthropology*. 2 (2): 271-282. Edición especial dedicada a la memoria y la historia.
- DE ROUX, RODOLFO. 1989. "Catecismos patrios". En *Magazín Dominical*. 321: 4-10. *El Espectador*, domingo 4 de junio.
- ESCOBAR, ARTURO. 1994 "El desarrollo sostenible: diálogo de discursos". *Revista Foro*. 23: 93-112.
- FONTANA, JOSEP. 1992. *La historia después del fin de la historia*. Editorial Crítica. Barcelona.
- FOUCAULT, MICHEL. 1980. *Power/Knowledge*. Colin Gordon (compilador). Pantheon Books. New York.
- GONZÁLEZ, FRANCISCO. S.F. "Ecosistema, cultura y condiciones de posibilidad para el desarrollo sostenible". Manuscrito.
- LE GOFF, JACQUES. [1977]1991. *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Traducción de Hugo S. Bauzá. Paidós Básica. Barcelona.

- MARULANDA, ELSY. 1991. *Colonización y conflicto: las lecciones del Sumapaz*. Tercer Mundo/Universidad Nacional. Bogotá.
- POPULAR MEMORY GROUP. 1982. "Popular Memory: Theory, Politics, Method". En Richard Johnson *et al.* (editores). *Making Histories: Studies in History-Writing and Politics*: 205-252. University of Minnesota Press. Minneapolis
- RESERVA NATURAL SUMA-PAZ (coordinación editorial). 1998. *Poblamiento y cambio de paisaje en Sumapaz*. Instituto Colombiano de Antropología-Corporación Ecofondo-Reserva Natural Suma-paz. Bogotá.
- SITTON, THAD; GEORGE MEHAFFY Y O.L. DAVIS, JR. 1989. *Historia oral: una guía para profesores (y otras personas)*. Fondo de Cultura Económica. México.
- TAUSSIG, MICHAEL. 1987. *Shamanism, Colonialism and the Wild Man: A Study in Terror and Healing*. University of Chicago Press. Chicago.
- TOLEDO, VÍCTOR. 1994. "Tres problemas en el estudio de la apropiación de los recursos naturales y sus repercusiones en la educación". En Enrique Leff (compilador). *Ciencias sociales y formación ambiental*: 157-180. Gedisa, Barcelona.
- URIBE RAMÓN, GRACIELA. 1993. *Veníamos con una manotada de ilusiones. Un aporte a la colonización del Caquetá*. Presencia. Bogotá.
- WACHTEL, NATHAN. 1986. "Memory and History: Introduction". En *History and Anthropology*. 2 (2): 207-221. Edición especial dedicada a la memoria y la historia (véase la traducción en este volumen, páginas 70-90).
- WILCHES, GUSTAVO. 1991. "La dimensión política del tema ambiental". Financiera Eléctrica Nacional. Manuscrito.
- ZAMBRANO, MARTA. 1995. "Introducción y metodología". Capítulo 1 del informe final "Poblamiento, conflicto y ecología: Cabrera 1950-1990", presentado al Instituto Colombiano de Antropología. Manuscrito.
- ZONNEVELD, I. S. Y H. A. M. J. VAN GILS. 1998. "What is land(scape) ecology". En I. S. Zonneveld (editor). *Lectures on Land Ecology 1*: 1-14.